

EL SALAMANQUINO,

PERIÓDICO DE CIENCIAS Y LITERATURA.

Este periódico, al cual se suscribe en Salamanca á 4 rs. al mes en las librerías de *D. Juan José Moran y D. Domingo Blanco*, y 5 rs. fuera franco de porte en las principales del reino, se publicará una vez cada semana.

CARÁCTER DE LA LITERATURA.

El estudio reflexivo de la literatura de un pueblo es uno de los medios que hay para penetrar su índole, porque el carácter que le domine y el estado de su civilización no pueden menos de hallarse en aquella fielmente reflejados. Esto hace ver que no es la *literatura* un asunto frívolo y de puro esparcimiento, y que viven no poco equivocados los que piensan que la poesía no pasa de un juguete cuyo único mérito consiste en tal cual imagen atrevida, y en una agradable colocación de las palabras. Otro es el destino de la poesía, otro el influjo que ejerce en el progreso de las sociedades; en medio de su aparente frivolidad debe reinar un pensamiento grave y filosófico; empapada en el espíritu de la época si recuerda las costumbres, sentimientos y vida de los tiempos pasados, será para pedirles alas con que lanzarse al porvenir, rasgar el velo que le cubre, y presentir los destinos que aguardan á la humanidad. Esto fue lo que hicieron los profetas cuando sentados sobre los muros de Jerusalén veían acercarse la ruina de la civilización antigua, de aquella civilización que terminó su vida en el momento en que se arrojó al mundo la palabra fecunda y vivificadora del cristianismo. Por eso también dieron los antiguos á los poetas el nombre de *vates*: y nosotros creemos que si el orador debe reunir el conocimiento de todas las ciencias y artes, el poeta tiene que ir mas adelante, tiene que penetrarse enteramente del genio de su siglo, y consagrarse sin

descanso á su servicio. La poesía á nuestro juicio no es solo un arte de imitación, porque entonces no podría esplayarse sino en un estrechísimo círculo; la poesía debe formar en su conjunto la epopeya de la humanidad; no puede separársela de la filosofía sin grave pérdida suya; y para encerrar todo nuestro pensamiento en una frase diremos con Novalis, filósofo alemán perdido prematuramente para la ciencia, que «*el verdadero poeta lo sabe todo; es un universo en pequeño.*»

Considerada así la poesía, y en general la literatura de cada pueblo, se conoce muy pronto lo superficial de la disputa entre *clásicos y románticos*. Toda literatura es buena en su país y en su tiempo; toda literatura es mostruosa cuando se empeña en describir sentimientos, pasiones é ideas que no son propias de los hombres á quienes se dirige. La naturaleza y la sociedad, cuyos libros debe tener siempre abiertos el poeta, le mostrarán las reglas á que debe sujetarse.

Así lo hicieron los antiguos, así lo hizo Homero, y por eso su fama se ha acrecentado con los tiempos. En sus poemas es donde mejor rasgueados se hallan los sentimientos, costumbres é instituciones de aquella Grecia inculta que se ponía en contacto bajo los muros de Troya con el genio asiático. Nuestra literatura por el contrario ha sido alguna vez floja y descolorida, porque, merced á estrañas circunstancias que no deslindaremos ahora, trataron los escritores de arreglarse á un tipo que no estaba del todo acorde con nuestras ideas y modo de existir, imitando con sobrada



estrechez á las literaturas griega y romana; así es que sus copias carecían de fuerza y de verdad en los colores. Por eso también era monstruosa esa literatura que los últimos años tuvo algunos momentos de acogida; literatura que divinizaba los crímenes, se burlaba de la virtud, y se complacía en desgarrar los corazones; literatura que solo podía ser espresion de un estado de escepticismo ó de anarquía moral incompatible con la existencia de las sociedades.

No olvidemos, pues, que cada nacion, cada siglo, tienen su fisonomía propia, y que la literatura debe retratarla. Así es como conviene estudiarla para sacar fruto de ella; así es como debe dirigirse la de nuestra época, de esta época que lucha entre los recuerdos de lo pasado y la esperanza del porvenir, de esta época en que todo se cambia, en que todo se modifica, en que se estan preparando grandes transformaciones bajo la capa de la filosofía ecléctica, de la constitucion inglesa, y aun bajo el sagrado manto del cristianismo.
—A. Gil Sanz.

HISTORIA INGLESA.

Concluye el artículo inserto en el número anterior.

El mérito de Villemain está en haber sido mas justo que el destino ciego y en haber realzado á los que este tenia abatidos; historiador del vencedor, se ha hecho el amigo de los vencidos, ha puesto á nuestros ojos al lado del triste espectáculo de las derrotas de la libertad la pintura de sus luchas diversas y de las virtudes que la defendian. La constancia y las desgracias de los patriotas, las protestas enérgicas de las ciudades, la resistencia de un simple comerciante, los sufrimientos oscuros de un escritor ocupan un gran lugar en sus páginas. No ha olvidado trazar los grandes caracteres y las peligrosas empresas de los que se indignaban, al ver que se perdía la libertad inglesa, despues de tanta sangre por ella vertida. Los que han criticado la obra han parado poco la atencion en este esmero, que es

uno de los mejores títulos del autor á la estimacion pública. Entre tantos caracteres felizmente dibujados, parece haber herido la vista solo el del Almirante Blak. ¿Es porque tiene mando, alcanza victorias y echa á pique los navíos holandeses? ¿Es porque repetía á sus marineros que no debían mezclarse en lo que pasaba en Londres, ni ocuparse mas que en los extranjeros? ¿Sería pues, el tipo del hombre público un general que ganase batallas y llevase en sí esta impasibilidad política que hace esclarecido el despotismo de un señor en nombre de la gloria de la patria? No lo creemos así, y ¡desgraciada la Francia si tal pensara! ¿Por qué no se ha fijado la atencion en Bradshaw, que decia en su cara á Cromwell cuando acababa de disolver á la fuerza el parlamento: «no está disuelto el parlamento; tened entendido que bajo el cielo sola su autoridad puede disolverle?» ¿En Ludlow, que decia al hijo de Cromwell: «detestaría á mi propio padre, si ocupara el lugar del vuestro;» que amenazándole Cromwell con enviarle á la torre, le negaba con serenidad el derecho de mandar un arresto, y le decia: «un juez de paz podría hacerlo, porque está autorizado por la ley, vos no lo estais;» que se creyó culpable en tener un puesto luego que fue vencida la libertad, y respondió á la vulgar objecion de que abandonando su puesto perdía la ocasion de hacer el bien: «es un mal apoyar la usurpacion de Cromwell, y yo no quiero hacer el mal, aunque de él pudiese resultar algun bien.» ¿En Harrison, que queria ser pobre y perseguido, que insultaba el odio de Cromwell sin cejar y sin quejarse? ¿En Hutchinson, que invitado por Cromwell á que aceptase un puesto y favores, respondia: «no quiero enriquecerme sirviendo á la esclavitud de mi pais?» ¿En el Coronel Rich, que citado ante el consejo de estado de Cromwell se negaba con firmeza á prestar el juramento de no emprender nada contra su persona y su poder? ¿En Sidney, inflexible bajo Cromwell como bajo Carlos I? ¿En Liburn, mutilado por orden de Carlos I por haber osado escribir, y que así marcado con la reprobacion de la tiranía la insultaba aun, escribiendo bajo Cromwell? La tiranía no le olvidó: «murió en su prision, dice elocuentemente Villemain, mártir de la libertad bajo todos los poderes, y tratado de espíritu quimérico é insensato por los que no conciben la resistencia contra el mas fuerte.»

Todos estos hombres y muchos otros todavía, cuyos nombres podría citar, habitaron los

calabozos bajo Cromwell; y los que sobrevivieron á los sufrimientos de la prision, y no pudieron escapar de su patria, ensangrentaron los cadalsos bajo Carlos II.

Ved aqui los hombres para quienes fueron las desgracias. ¿Se quiere saber qué es al lado de ellos el hombre de la fortuna, y para quien se intenta reclamar la gloria? Basta seguirle en sus acciones y referir algunas de sus palabras; se decidirá entre él y aquellos.

Ya en 1644, Cromwell, simple oficial, procuraba dañar á la libertad, escitando la discordia entre los ingleses y los escoceses que habian venido á su socorro contra las pretensiones de Carlos I. En 1645 era teniente general; y habiéndose reunido algunos ciudadanos armados para librar las propiedades del pillaje inseparable de la guerra, Cromwell los dispersó en muchos lugares, y cuando le opusieron resistencia los hizo acuchillar por sus soldados. En 1648, cuando el parlamento quiso licenciar el ejército por ver ya terminadas las hostilidades y prisionero el rey, Cromwell escitó abiertamente el espíritu de sedicion en las tropas; procuraba corromper á los oficiales diciéndoles que era cosa triste servir á un parlamento, y que era mejor estar á sueldo de un general; repetia con descaro que los diputados no estarian tranquilos hasta que el ejército les tirase de las orejas. En 1647 Cromwell se apoderó de Carlos I, prisionero de los ingleses, y entró en negociaciones con él para venderle el apoyo del ejército contra ellos. Prometia purgar la cámara de los comunes, de manera que le diese la constitucion conveniente al interés de S. M.

En 1648, cuando algunos jóvenes ciudadanos de Londres vinieron á la puerta de la cámara de los comunes á presentarle peticiones contra el poder militar, y á pedir que la cámara hiciese en nombre de la nacion un pacto con Carlos I, Cromwell, á la cabeza de sus dragones, cargó sobre ellos por las calles gritando á los soldados que no perdonaran ni mugeres ni niños. En el mismo año, irritado de que el rey trataba con enviados de los escoceses, sublevó el ejército contra él, y despues de haber lanzado de la cámara de los comunes todo lo que habia en ella de enérgico, y subyugado el resto por el terror, hizo conducir al cadalso, en virtud de una decision del parlamento, á aquel mismo con quien habia negociado contra este parlamento.

En 1649 hizo degollar y fusilar á los hombres de su ejército que se acordaban de ha-

ber combatido por la libertad, y la reclamaban en nombre de la Inglaterra.

En 1650 ejerció en Irlanda el derecho de guerra de los tiempos bárbaros, pasando á cuchillo las guarniciones que se rendian: hecho señor del pais, desterró sus habitantes á una sola provincia desierta é inculta, donde tuvieron orden de permanecer, bajo pena de muerte, y repartió el resto de las tierras entre sus soldados.

En 1652 quiso hacerse rey: «vuestro proyecto, le respondieron aquellos á quienes lo confió, es contrario á los deseos de la nacion; habrá contra vos nueve personas por cada diez.» «En buen hora, dijo Cromwell; pero si desarmo las nueve y pongo una espada en la otra, ¿no tendré buen éxito? En 1654 estaba llena de republicanos la torre de Londres; y en 1655 en una causa en que estaba interesado Cromwell, designó él mismo los jurados en virtud de sus órdenes particulares; un juez despidió este jurado ilegal; el Protector abrumó de insultos á este hombre animoso, y dejó escapar estas palabras: «No sois bueno para juez.» En 1656 esparció amenazas contra los electores que dieran su voto á los hombres que no le eran afectos. Echó cinco veces á mano armada á los diputados de la nacion; puso en prision, una vez á once, despues á treinta y nueve, y por último á todos aquellos antiguos patriotas que no quisieron asociarse á su tiranía, y á los oficiales que despues de haber servido al parlamento le eran sospechosos por su inaccion.

Holló escandalosamente bajo sus pies las dos garantías fundamentales de la vida social, la libertad del pensamiento y la justicia de los tribunales. Fue sordo á las quejas de los amigos de la patria, que le gritaban por la boca de Milton cuando dió los primeros pasos hácia el despotismo: «Respetar las esperanzas de la patria, respetar la presencia y las heridas de tantos valientes que han combatido contigo por la libertad, respetar la opinion de las demas naciones y las grandes ideas que se forman acerca de esta republica tan gloriosamente elevada.» Sin embargo, los que él perseguia estaban tranquilos en medio de sus prisiones, y él inquieto como si se hallase condenado á muerte por una sentencia de la humanidad, y como si á cada instante aguardase al verdugo. Su madre no podia oír un tiro sin asustarse y sin nombrarle, y él andaba siempre armado bajo sus vestidos.

La lectura de estos rasgos históricos ha cau-

sado en nuestro ánimo una impresión penetrante de tristeza y de melancolía al contemplar la suerte infausta de los hombres virtuosos, que tan heroicamente se consagraron al culto de la libertad inglesa, y ha herido también amargamente nuestro corazón con ideas sombrías ver el resultado de tanta sangre vertida y de tantos heroicos sacrificios tan poco favorable á la causa sagrada del pueblo inglés.
—*Salustiano Ruiz.*

EL CIEGO.

Hay un ser que en primavera
Ve lo mismo que en estío,
Y que la estrellada esfera,
Contempla cual un vacío,
Do el sol no es mas que una hoguera.

Este ser se llama ciego,
Negro ante él es cuanto mira,
Y al alzar á Dios su ruego
Ardientemente suspira
Vertiendo llanto de fuego.

Un ataúd es la tierra
Cubierto de negro manto,
Para aquel que el cielo cierra
Los ojos, fuentes del llanto,
Y antes de morir le entierra.

La sonrisa dulce y pura,
En que su alma retrata
Una cándida hermosura,
Y las tintas de escarlata
Que iluminan su blancura,

Son solo voces sonoras
Que el viento pierde en el mar,
Para ti, ciego, que lloras
Sin ver tu llanto regar
Los labios de la que adoras.

A tu madre oyes gemir,
Cuando llorosa te mira,
Mas no la ves sonreír,
Si al darte un beso suspira,
Cuando pareces dormir.

En tus días no hay auroras,
Ni en tus nubes arrebol,
De noche pasan tus horas,

Tu mundo no tiene sol
Y entre negros lutos moras.

Del ruiseñor el acento
Tu corazón entristece,
Porqué no ves su contento,
Cuando en el dosel se mece,
Que da sombra á su aposento.

Tu faz se encuentra marchita,
Y el luto viste tu frente,
Cuando tu bella se irrita,
Por no ver que el labio miente,
Y que su rostro se agita.

La púrpura de la rosa,
Con que se adorna el marfil
De una frente candorosa,
Que alza una bella en abril,
Cual los ángeles hermosa:

Es igual ante tus ojos
A un pobre entre harapos muerto,
A un reo ante un juez de hinojos,
O al tigre que en el desierto
Pisando está sus despojos.

Las noches y la alborada,
Pardo y grosero sayal,
Y grana de oro bordada,
Todo ante el ciego es igual,
Porque ante el ciego no es nada.

Llora mortal sin ventura,
Sobre el negro suelo llora,
Que no hay mayor amargura
En la región que el sol dora,
Que tu aciaga desventura.

Pero.... para llorar basta el ser hombre,
Las lágrimas son solo su tesoro,
Porque el brocado y el marfil y el oro,
Lágrimas son con engañoso nombre.

¿Que importa ver el cielo y sus colores,
Ver el trono del sol lanzando lumbre,
Una moruna ó gótica techumbre
O el rico abril sentado entre sus flores?

¡Pobre mortal! Las perlas esmaltadas
Que brillo daban á tu cuna hermosa,
Míralas ya como marchita rosa,
Que ve sus galas sin piedad pisadas.

El beso blando que á tu bella hurtaste,
Primera flor de púdica hermosura,
Mírale ya trocado en mancha impura,
Que ennegrece los labios que adoraste.

El seno altivo que te aclama dueño,
 Y en que tu frente lúbrica reclinas,
 Pronto le mirarás lecho de espinas,
 Do solo habrás de hallar hórrido ensueño.

Todos lloran al ver que el ciego siente,
 No saben que si el ciego no ve el mundo,
 Tampoco ve á sus pies el cieno inmundo,
 Que eleva su vapor hasta su frente.

No ve el sol por los cielos resbalando,
 Pero tampoco ve la noche oscura,
 Que el manto de azul y oro al cielo hurtando
 Le deja al hombre en cambio la amargura.

No ve de tierna madre la sonrisa,
 Mas tampoco ve hipócritas semblantes,
 Ni rostros con la ira centelleantes,
 Ni del sarcasmo la traidora risa.

No ve la alfombra que un jardin ostenta,
 Ni de las aves el pintado manto,
 Mas en cambio tampoco mira el llanto
 Del pobre en quien el rico se ensangrienta.

Basta para llorar, basta el ser hombre,
 Las lágrimas son solo su tesoro,
 Porque el brocado y el marfil y el oro,
 Lágrimas son con engañoso nombre.

Santiago Diego Madrazo.

INFLUENCIA DE LAS MUGERES EN LA CIVILIZACION.

Es útil á las luces y bienestar de la sociedad el que las mugeres desenvuelvan cuidadosamente su espíritu y su razon. (*Mad. Staet.*)

¿Qué hace hoy el hombre cuando habla con una muger, sino descender de su propio pensamiento para ponerse al nivel de la inteligencia femenina? (*Lerminier.*)

Deja la civilizacion señales de su carrera que pueden servirnos para marcar los grados que ha pasado, y para trazar con los verdaderos colores el cuadro de su historia. Una de estas señales, y no la menos digna de apreciarse, se cifra en las consideraciones que en diferentes épocas y pueblos han merecido las mugeres, en el influjo que ha ejercido esta preciosa mitad del género humano. Y no se crea que nosotros juzgamos conveniente arrancarlas del círculo en que la naturaleza las ha colocado para que derramen en torno suyo esa dulzura que labra los mas acerados corazones, y cubran con el velo de sus gracias las frecuentes miserias de la humanidad; no se crea que deseamos verlas arrojadas en tumultuosas sociedades como las *abolicionistas* de los Estados-

Unidos, ó las *cartistas* de Inglaterra; queremos solo que se las eduque para que sepan llenar los dulcísimos deberes de esposas y madres, queremos que no se las nieguen los derechos que á la compañera del hombre corresponden, queremos por fin que se aprecien sus méritos en la obra de la civilizacion, y que se estimule y aplauda el genio de que no sin frecuencia hacen maravilloso alarde. Vivas estan las lecciones de la historia. ¿Qué ha sido, qué es todavía la civilizacion del Asia, donde las mugeres no son consideradas mas que como entes destinados al placer del hombre? Allí todo es estacionario; parece que el tiempo ha clavado su rueda; el espíritu de esclavitud y degradacion doméstica se ha trasfundido en el gobierno del pueblo. Las repúblicas de la Grecia, esceptuando Esparta, no participaron de ese genio, pero allí las mugeres tampoco eran indiferentes al poder de la libertad y de la filosofia. Roma, á pesar de la dureza de las leyes que organizaban la sociedad doméstica, celebra ya á sus matronas, y ellas figuran aventajadamente en las principales revoluciones. Era esto por que Roma tocaba los lindes de la civilizacion que habia de propagar la sangre de Jesucristo, era porque se acercaban los tiempos en que una religion divina iba á santificar los derechos de todos los oprimidos. Por eso la religion cristiana encarnó en los pueblos germánicos, en aquellos pueblos que habian llegado á elevar en alto grado la dignidad de las mugeres; por eso ellas abrazaron con ahinco el cristianismo, y corriéron á su doctrina de amor, de misterio y de inspiracion. Existe hoy una línea que divide en dos grandes secciones á los pueblos. Solo conozco dos pueblos, decia Napoleon, los orientales y los occidentales. Pues bien, uno de los rasgos que mas profundamente los distinguen consiste en la condicion de las mugeres. Y puesto que ellas forman el lazo natural entre la familia y el estado, puesto que tanto influyen en el curso de la civilizacion, interesa mucho que se atienda á educarlas cuidadosamente, que no se las haga indiferentes á lo que el bien de las sociedades exige, que se las inspiren ideas rectas, porque *apasionadas por naturaleza, reciben la verdad con amor y la predicán con entusiasmo.*—A. Gil Sanz.

ANA BOLENA, MUGER DE ENRIQUE VIII.

Ana fue biznieta de Geofroi Boleyn, comer-

ciante de Londres, á quien el crédito y la fortuna adquirida habian elevado al puesto de primer magistrado municipal de la primera ciudad de Inglaterra. Los hijos de este hombre, abandonando la condicion paterna, dispersaron sus bienes entre varias casas nobles con que se enlazaron; compraron investiduras de cortesanos al precio de las riquezas de su familia; y asi la descendiente del rico negociante nació á la vez noble y pobre. El padre y la madre de Ana Boleyn vivian, como parásitos en la corte de Enrique VIII, á quien agradaban mucho los dos, él por su espíritu y ella por sus gracias. Apenas salió Ana de la cuna, y mostró los primeros rasgos de la belleza fatal que despues la hicieron tan célebre y tan desgraciada, la destinaron sus padres á la misma vida que ellos tenian. Habia entonces en la corte destinos para los palaciegos y para las bellas de toda edad; asi Ana fue dama de honor á los siete años. Con este título partió para Francia en la servidumbre de María, hermana del rey de Inglaterra, unida por fuerza, conforme á un tratado diplomático, con el viejo Luis XII, en el momento en que la inspiraba otro hombre una pasion profunda y violenta. Pero asi como los padres de Ana Boleyn se inquietaban poco de ver á su hija abandonada á los riesgos de una educacion extranjera, y privada de sus caricias y de sus cuidados con tal que se hiciese dama de corte, tampoco vacilaba Enrique VIII en obligar á su hermana jóven á entrar en el lecho de un viejo enfermo, con tal que fuese reina de Francia.

Ana empleó los años de su infancia en continuos estudios del arte de agradar, y supo pronto figurar con gracia en aquellas sociedades frívolas, que servian á los poderosos del siglo para mejor soportar días vacíos y sin ocupacion, seducir los ojos y atraerse los homenajes; escuchar las adoraciones de los hombres, aun antes de la edad de comprenderlas, y escitar principalmente con sus victorias la rivalidad de sus compañeras; empero no la emulacion que nace del sentimiento del bien y que enciende el deseo de alcanzarlo, sino aquella envidia enconada, que se indigna de ver á otro marchar rápidamente al fin comun; porque la misma bondad y las gracias personales se estimaban solamente, como medios de adquirir y adelantar. Escitó Ana Boleyn, cuando volvió á su pais, algunos odios de envidia tan violentos é implacables que la persiguieron hasta la muerte. Hubo de evitar felizmente la fortuna que la aguardaba, casándose con el jóven lord

Percy, que la amaba tiernamente y que á su voz era correspondido; mas habiendo advertido al padre de este un cardenal, que Enrique VIII fijaba los ojos en ella, amenazó á su hijo con desheredarle si insistia en rivalizar con el rey. El jóven se vió precisado á ceder; y Ana abandonada por su amante, quedó accesible á Enrique VIII. Iba á visitarla á una casa de campo, adquirida por el trabajo de sus ascendientes, lugar solitario, donde se habia retirado para curar su corazon herido. La tradicion designa todavia la colina desde donde anunciaba la llegada del rey el sonido de una trompa de caza y hacia bajar el puente levadizo que le separaba de la muger á quien pensaba rendir con algunos obsequios pasajeros. Pero Ana mas firme ó mas sagaz no lo creia asi, y le repitió las palabras de Isabel Grey á Eduardo IV: «Soy mucho para ser vuestra querida y muy poco para ser vuestra esposa.»

Enrique VIII se irritó con los obstáculos; estaba casado hacia tiempo con una muger de una virtud y de una ternura ejemplar; solicitó contra ella el divorcio; este remedio de los enlaces inconciliables, que se negaba obstinadamente á las necesidades del pueblo y que se concedia sin dificultad á los mas ligeros caprichos de los poderosos. La historia nos ha transmitido los pormenores del proceso de la reina Catalina, á quien no queria sacrificar la corte de Roma, quizá por ser de la familia de Carlos V; la pluma de Shakspeare ha inmortalizado la noble resistencia de esta muger al déspota que la rechazaba como un mueble desechado de su casa. Enrique VIII, no habiendo conseguido la aprobacion del papa, compró la de algunas universidades; se pronunció el divorcio, y Ana Boleyn, en premio de su juventud, entregada á un hombre mas viejo que su padre, recibió el título de reina que desde su infancia tanto habia ambicionado.

Su padre, sastifecho hasta entonces con el favor que gozaba, se irritó y descontentó, por no haber logrado un aumento de fortuna proporcional á la elevacion de su familia, y fue tal su resentimiento, que se alejó de la corte, abandonando á la que debia proteger á merced de los muchos enemigos que la suscitaba su nuevo rango. De todos los parientes de la nueva reina, solo uno de sus hermanos la conservó algun afecto; los demas la detestaban por envidia ó la acusaban amargamente por los extravíos de su ambicion. Ella misma en el primer mes de su pretendido triunfo se vió humillada bajo su manto de púrpura por un po-

bre fraile franciscano que en la capilla de Enrique VIII y en su presencia echó en cara á este príncipe haber roto los lazos sagrados que le unian con una esposa fiel. Todos los monjes de esta órden fueron lanzados de Inglaterra; empero su espulsion no pudo apagar los remordimientos en el corazon del déspota ni borrar la vergüenza de la frente de su compañera. Los que no temian la muerte repitieron mas de una vez este ultraje á la usurpadora, y la emponzoñaron con hiel los manjares de la régia mesa; su alma dulce se exasperó poco á poco; y concibió un ódio vil é injusto contra aquella cuyo lugar ocupaba, contra la pobre Catalina, retirada en el fondo de un cláustro y desengañada de las pompas del mundo; deseó la muerte de esta muger, á quien antes habia amado y que tambien la habia amado mucho. El dia de esta muerte no pudo ocultar su alegría y exclamó: «Ya soy por fin reina.»

Pero ya no lo era en verdad; porque ya no poseia el corazon del hombre que disponia de este título; una jóven presentada al rey habia borrado á sus ojos todas las gracias de Ana Boleyn. Sorprendió á su marido, en actitud de adorar al objeto de su nuevo culto; osó lanzar una queja y desde entonces fue condenada á muerte como culpable de lesa magestad. A los primeros indicios de su desgracia se declararon sus enemigos secretos y apareció á su cabeza el duque de Norfolk, hermano de su propia madre. Se vió rodeada de espías; se procuraba sorprender sus suspiros, sus pensamientos; fue acusada de adulterio con dos hombres cuya sociedad habia estimado, y de incesto con su hermano, el único apoyo que la habia quedado. Aun mas; la muger de este hermano osó declarar contra su cuñada y contra su marido. No pudo sostenerse la acusacion; entonces se la hizo recaer sobre una conversacion en que Ana habia manifestado sus temores acerca de la salud endeble del rey; sobre algunas palabras inocentes se fundó la evidencia de una conspiracion formal contra la magestad sagrada: el hermano y los otros dos acusados fueron condenados como cómplices, y el tribunal de la aristocracia inglesa pronunció su sentencia de muerte. El dia en que Ana Boleyn estuvo con la cabeza cortada en la torre de Londres, Enrique VIII, que se hallaba en Richmond, se fue á una eminencia de donde podia oír las descargas de artillería y descubrir la bandera negra que debian anunciar á los ciudadanos que la sentencia estaba ejecutada. Algunos años despues tuvo Enri-

que VIII la impudencia de hacer valer, en nombre de la muger que habia asesinado, derechos á la herencia de su familia, derechos sobre la antigua casa del comerciante Geofroi Boleyn.

Así concluye esta historia de miserias, de infamia y de crueldad; tal fue la suerte de la muger que habia aspirado á unirse con un rey absoluto.

No solo debe de fijarse la atencion sobre el interés humano que estos acontecimientos inspiran, sino principalmente sobre la leccion grave y severa de moral que de ellos resulta acerca de la vida de los palacios, de la ambicion de las mugeres y de estas posiciones falsas que el vulgo llama grandes. Despues de tantos siglos, despues de tantas malas leyes y costumbres inmorales, cuando la naturaleza humana largo tiempo lanzada fuera de su órbita verdadera, tiende penosamente á girar en ella, las mugeres tienen igualmente que nosotros ejemplos que observar y que meditar profundamente. Cuando era la ambicion de los hombres destruir á sus semejantes, la de las mugeres tenia por blanco participar de los placeres y de los goces del poder: hoy la humanidad desengañada tiene abiertos otros caminos. Nuestro sexo no se propone ya como fin supremo la dominacion y la avaricia; el otro, á su vez, estimará mas la fortuna de los hombres de bien, que no la de los dominadores del mundo, y por muy cubierta que esté de perlas y de brillantes la banda de una reina, la jóven del siglo XIX no vacilará un momento en preferir la esposa de Cid ó de Guzman el Bueno á la de Enrique VIII.—*Salustiano Ruiz.*

ESTADÍSTICA DE ESPAÑA.

ARTICULO SEGUNDO.

Poblacion.

El estudio de la poblacion de un pais es el mas interesante de toda la Estadística, y del que las ciencias morales y sociales pueden sacar mas útiles consecuencias. Pero no consiste solo semejante estudio en averiguar el número de individuos que la componen, se necesita conocer la ley que en su incremento ó decadencia sigue, y la proporcion que hay entre los sexos, edades y condiciones. El valor de una poblacion no se mide por su número, sino por la suma de sus fuerzas físicas, morales é intelectuales; fuerzas que varian segun el estado de sobriedad, aplicacion y conocimientos de los hombres.

Natural é irresistible es el impulso que á estos inclina á propagarse, y su propagacion no tendria término

si la mano poderosa del Criador no hubiese arrojado una porcion de obstáculos que mantienen el general equilibrio, aunque para el hombre que los experimenta, y cuyos ojos no alcanzan sino á un limitado horizonte, merezcan solo el concepto de tristes calamidades. Muy lejos se halla todavía la tierra de contener todo el número de hombres que vivir pueden en ella disfrutando alguna felicidad; ¿en qué pues consiste que al parecer venga estrecha al reducido rebaño de la casta humana? ¿por qué si Dios brindó á todos con el espléndido banquete de la creacion, son tantos los que de él se hallan alejados? ¿por qué abultan mas las miserias que los goces del género humano? ¿por qué se ve el lastimoso cuadro, en naciones afamadas cual la Inglaterra por su poder y riquezas, de una poblacion desgraciada que tal vez se arroja á trastornar el orden público sin otro estímulo que el del hambre y de la miseria? Desconsoladoras son las reflexiones que todo esto sugiere: templa sin embargo nuestro desconsuelo el íntimo convencimiento que nos asiste de la perfectibilidad de nuestra especie; convencimiento que se arraiga mas en nosotros cuando al recorrer las paginas de la historia vemos la marcha siempre progresiva de la humanidad; cuando siguiendo las fases de las sociedades vemos á la esclavitud dura y humillante de la teocracia convertirse ventajosamente en la esclavitud civil por la sublevacion que el Egipto nos testifica de los guerreros contra los sacerdotes, trasformarse esta en la servidumbre de la feudalidad que ya empezaba á conceder garantías á la raza deprimida, y venir á parar en el pueblo de nuestros dias para cuya virtud y talento no hay altura inaccesible. Y si de aqui pasamos á recordar los inmortales descubrimientos del humano ingenio; si nos representamos al hombre auxiliado de la pólvora, la brújula, la imprenta, el vapor y tantos otros medios físicos que le hacen señor del mundo, no será un vano entusiasmo el que nos haga predecir una suerte mas próspera y durable á todos los que en el dia gimen en las sociedades.

Al contemplar los males que las aquejan, Godwin creyó descubrir el origen de las instituciones sociales, y lleno de fé en sus ideas juzgaba que el único remedio era el de pasar la esponja sobre todas esas instituciones. Hagámosle justicia sin embargo; nadie fue mas enemigo de las revoluciones ni mas temeroso de la anarquía; las mudanzas tumultuosas, las mejoras precipitadas encontraron en él un censor severo; consideraba á la violencia como un azote, y todo lo esperaba de la madurez de las ideas. Malthus, cuyo nombre es imposible no recordar cuando se trata de la poblacion, Malthus, celo o amigo de la aristocracia inglesa, culpó de todo á las pasiones del hombre. La raza humana, decia, camina hácia una cima de miserias; la poblacion se duplica cada 25 años siguiendo una proporcion geométrica, mientras que las subsistencias solo medran en progresion aritmética; este principio inexacto de por sí le dió margen para describir un cuadro espantoso; el matrimonio á su parecer era un delito en ciertos hombres, los establecimientos de beneficencia y las limosnas eran favores indiscretos y desatinados porque «el que nace en un mundo ya ocupado, si la sociedad no necesita de su trabajo, está demas sobre la tierra; no hay cubierto para él en el gran banquete de la naturaleza.» Mucho nos separaria de nuestro propósito el empeño de contradecir las exageraciones de Malthus, cuya obra produjo un efecto comparado ingeniosamente al de los pavorosos cuentos que divierten á los niños; nos contentaremos pues con anunciar algunas proposiciones acreditadas por la esperiencia, y que for-

marán como el preliminar de los datos prácticos que han de ocuparnos en el siguiente artículo.

Primera. La hipótesis de Malthus solo tendria lugar cuando desapareciesen los obstáculos que se oponen á la poblacion: la poblacion de España no ha hecho mas que duplicarse en el espacio de ciento veinte años, subiendo de siete y medio millones, á quince que actualmente tiene; si los cálculos de Malthus se realizarán debiera contar ciento veinte millones.

Segunda. Las subsistencias pueden crecer en mayores proporciones que las supuestas por Malthus, pues no son calculables los aumentos que llegarán á ocasionar las mejoras en las artes, trasportes, medios de cambio etc. En lo que va de este siglo ha duplicado España el producto de su agricultura para llenar el vacío que la pérdida de las Américas dejaba.

Tercera. El deber de los gobiernos consiste en mejorar la situacion moral y material de las clases necesitadas, no en arrojarlas con desprecio privándolas de los beneficios sociales.

Cuarta. La riqueza real de las naciones nace de la doble progresion de la poblacion, y de los medios de subsistencia: cuando estas dos progresiones no van acordes la miseria es su infalible resultado.

Creemos que nuestros lectores nos perdonarán la digresion que precede, en gracia de la alta importancia del asunto. Pasemos ahora á los hechos, que despues de estas reflexiones parecerán mas interesantes, y suministrarán materia para otro artículo.—A. Gil Sanz.

ANUNCIOS.

SEIS PALABRAS DE METASTASIO.

Esta publicacion música de D. Justo Moré que tan buena acogida ha tenido en los salones filarmónicos de la corte, consta de seis romanzas para piano y canto. Se hallan de venta á seis reales en la redaccion de este periódico.

En la misma redaccion se suscribe á la *Agencia médica catalana*, á la *Anatomía de Galet* y á la *Empresa de servicios mútuos* establecida en Madrid.

MUSEO DE LITERATURA,

ó *coleccion de obras escogidas entre las que han salido de las mejores plumas asi francesas como italianas.*

Constará esta obra de dos tomos en octavo adornados con veinte y cuatro hermosas láminas abiertas en madera. Ademas al fin de cada tomo se entrégará, gratis á los señores suscritores una excelente cubierta y una lámina perfectamente grabada en acero.

Esta obra estará dividida en ocho entregas de ochenta pájinas, las cuales se repartirán una cada ocho dias.

Se suscribe á 5 rs. al mes en la redaccion de este periódico. Concluida la suscripcion se venderá á 50 rs.

SALAMANCA: IMPRENTA DE MORAN.